

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI

San José, Costa Rica **1933** Sábado 1.º de Abril

Núm. 13

Año XIV. No. 629

SUMARIO

"Cervantes reazonario".....	Mario Sancho	Un humorista colombiano.....	B. Sanín Cano
Homenaje a la Srta. Dina Palacios.....	Varlos	Dos crónicas.....	Germán Arciniegas
Poemas.....	Juan Cotto	Carta abierta a R. Blanco-Fombona.....	Juan Marinello
Con Arturo Zapata, que sabe estimar.....	Juan del Camino	Pastel fosco de una grácil ida.....	Alberto Gil Sánchez
La política y los filósofos despreocupados.....	Mario Sancho	Perico.....	Susana Wills de Samper
"Don Mirócleles".....	Rafael Ramírez Rivera	La alegría de vivir.....	C. Hispano
Entierro de Tobías.....	Fernando González	La enfermedad de Flaubert.....	Miguel de Unamuno

Libro interesante éste de Cesare De Lollis. No porque nos haya convencido de su tesis, pues que como dijo en cierta ocasión el Caballero de la Triste Figura: "para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y "epuebas".

Desde luego no se requiere ser muy lince para descubrir que De Lollis no ha hecho más que laborar sobre las ideas de Toffanini, quien en su *Fine dell'Umanesimo* nos había dicho la misma cosa, esto es, que la obra cervantina es producto de la Contra-Reforma venido a luz en la hora crepuscular y como tal un poco melancólica del Renacimiento. Esta gran orgía del espíritu tocaba ya a su fin en los días de Cervantes, y quienes en ella participaron experimentaban ya esa sensación de lasitud y desencanto que nos invade "au lendemain d'une fête", o como se dice en el vernáculo americano "the day after the night before", y si a esto se agrega el recuerdo de aquel bárbaro monje Martín Lutero, que vino a aguarles la fiesta a los Papas y a los Cardenales humanistas, más entusiasmados con el latín de Horacio que con las epístolas llenas de solecismos de San Pablo y urgidos ahora por la necesidad de poner la casa en orden, no queda duda de que el mundo atravesaba una crisis dolorosa de transición.

Cuando nuestro gran Don Miguel se dió la vuelta por Italia (de 1569 a 1575) ya hacía tiempo que se habían levantado los manteles del regocijado convivio platónico y que las nuevas orientaciones emanadas del Concilio de Trento dominaban los espíritus. Pobre Cervantes! Hasta en esto desdichado! El arte volvía a acordarse con la vida, de la que estuvo separado durante la embriaguez renacentista, y a asumir una función moral y docente.

"En 1550", dice Américo Castro, "las cosas varían ra-

"Cervantes reazonario"

= Envío del autor. Cartago, Costa Rica =



Cervantes

Talla policromada esculpida por el artista español Juan Cristóbal

dicalmente. La reacción platónica se acentúa; Aristóteles se torna casi un doctor de la Iglesia y la literatura infiltrada del espíritu de Contra-Reforma tendrá que armonizarse con finalidades éticas y nacionales. En 1548 surge con Robortelli la primera edición crítica de la Poética de Aristóteles, y de esa suerte el preceptismo neo-clásico aparece como un fenómeno en conexión con Trento, al intentar restablecer la síntesis medioeval mediante la unión del arte con la vida, y por tanto con la moral. Fermento para tal cambio era la insatisfacción que el Renacimiento dejaba en

los ánimos egregios; el final del siglo xvi estará matizado por cierta melancolía que en forma diversa hallamos en Tasso, Mateo Alemán o Cervantes".

Los efectos de esta crisis sin embargo no llegan ni con mucho en Cervantes al grado de intensidad trágica que en el Tasso. Había en la naturaleza del español una gran fuerza de optimismo, una serenidad sonriente que resistió a esto y a toda suerte de experiencias: la pobreza, el cautiverio y la cárcel. Toffanini no deja de observarlo y después de contarnos que las fuentes teóricas de Cervantes

fueron las mismas que atormentaron al poeta italiano, que uno y otro tuvieron a mano los mismos libros, oyeron hablar de las mismas cosas y frecuentaron tal vez los mismos hombres, agrega: "entre el Tasso y el ingenioso hidalgo castellano hay sólo esta diferencia, que donde el uno lloró, el otro, genio sublime, sonrió".

El erudito historiador de las postrimerías del humanismo llama la atención a la manera genialísima en que Cervantes encarnó la distinción aristotélica entre historia y poesía en las figuras mayores de su obra maestra. Don Quijote representa el universal poético, Sancho Panza el particular histórico que lleva cuenta de los infinitos palos recibidos aunque bien pudiera callarlos por equidad, como dice su amo. Pero aquí será mejor que dejemos en paz a Toffanini y que volvamos a nuestro hombre.

De Lollis comienza y termina su libro en un tono irónico que a algunos puede parecer irreverente, pero que a nosotros nos parece bien, tratándose del gran maestro de la ironía "que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros".

El capítulo primero sobre la Galatea tiene en nuestro concepto cosas, no sólo justas sino deliciosamente escritas. Deliciosa en efecto la pintura de los pastores cervantinos: "Pastori e pastore che guardano—anzi non guardano—il gregge, mentre s'intrattengono, piú che appassionatamente, sapientemente, di amore. Dell'amore proprio e di quello degli altri, anzi di questo piú che di quello. Poiché amore é qui una scienza che si lascia teorizzare al lume della filosofia platonica fatta apposta per un mondo cosí spoglio di quotidiane realtà", y más adelante: "Questi pastori, tagliati fuori da ogni azione—quel che ce n'é relegato dietro le quinte, come nel teatro classico francese e serve di tema alle

disquisizioni—, mondati delle caratteristiche personali, che appunto l'azione sola puó mettere in vista, sottratti a qualsiasi determinacione dell'ambiente, che manca in tutto e per tutto, sono vere tabulae rasae sulle quali é escrita un'unica palabra: amore!"

De Lollis no puede menos de ver con burlona curiosidad al realista Cervantes dándose las con un género tan falso, en la tierra de los Cantares del Arcipreste y las Serranillas del Marqués de Santillana, y se pregunta maravillado "cómo el genio que había luego de concebir y escribir el Don Quijote para derrocar la gran máquina de las novelas de caballería, no pensó en la sátira o la parodia de la novela pastoril, en vez de aumentar el número con una de su cosecha".

A despecho de las burlas del perro Berganza, si tenemos en cuenta las muchas veces que Cervantes prometió la conclusión de su Galatea (la última pocos días antes de morir), hay que considerar sincero su entusiasmo por el bucolismo y desechar toda sospecha de que abrigara contra éste ningún intento satírico. No fué sino once años después de su muerte que el francés Charles Sorel publicó *Le Berger Extravagant*, "ou parmi des fantaisies amoureuses on voit les impertinences des romans et de la poésie", con la idea de parodiar los libros pastoriles del mismo modo que él había parodiado los caballerescos. ¿Es buena o mala la parodia de Sorel?, se pregunta De Lollis, pero sin darnos su opinión. Tampoco diremos la nuestra, aunque confesamos que una vez nos propusimos leer el libro de Sorel y no pasamos más allá del primer capítulo, bastándonos lo que leímos para convenir con quienes le achacan falta de aquella simpática y penetrante visión de la realidad que abunda en el modelo español, y sobra tal vez de pedantería. Se trata de un burgués parisiense que se vuelve loco leyendo historias de pastores y resuelve irse a apacentar a orillas del Sena cuatro ovejas tiñosas, desecho de un matadero. El frontispicio de la edición que consultamos en la biblioteca de Harvard muestra al protagonista, al pastor Lysis, teniendo en las manos l'Astrée, mientras un amor tocado de un bonete de loco le dispara una flecha. Como se ve, l'Astrée hace aquí las veces de los novelones de Don Feliciano de

Silva en cuya lectura se le pasaban al hidalgo manchego "las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio".

De Lollis absuelve así mismo a Cervantes del cargo que se le ha hecho de haberse propuesto destruir a golpe de sátira la literatura caballerescas de la cual era por el contrario aficionadísimo. Tal punto le consume mucha tinta y erudición sin que se vea la necesidad de ello, pues que una simple lectura, ni siquiera atenta, del Quijote basta a dilucidarla. Aun dejando de observar que no solamente el Orlando sino el Amadís fueron salvados del fuego en el escrutinio de los libros, y que es Cervantes quien habla por boca del canónigo aquel que diserta tras el carro donde va encantado el Caballero de la Triste Figura sobre las cosas necesarias para escribir una buena novela de caballería que dé contento al lector y oportunidad al autor "de mostrarse ya astrólogo, ya cosmógrafo excelente, va músico, va inteligente en las materias de estado y tal vez hasta nigromante", aun así, a quién puede pasarsele por alto que el insigne Manco demuestra a lo largo de su libro un gran conocimiento de los de caballería, y quien dice conocimiento dice también interés y gusto. ¿Pues qué, no es acaso muy dudoso que hubiera podido escribir la sabrosa sátira que escribió contra los libros caballerescos si no le hubieran gustado tanto y si no hubiera sido de verdad más versado en ellos que en las Súmulas de Villalpando?

Aunque ni con mucho originales son no obstante gratos los comentarios de De Lollis. Oigamos estos acerca del discurso del canónigo: "il canonico si costituisce campione risoluto dell'estetica classica parlando col disgusto, con cui si parla dei cibi che ci han rovinato lo stomaco, delle smisurate stravaganze (desaforados disparates) dei libri cavallereschi, delle loro inverosimiglianze, delle loro mostruose contravvenzioni alle unitá, del loro difetto di composizione". Notemos de paso que tales reparos servi-

rán luego al maligno De Lollis para burlarse de lo lindo del extravagantísimo Persiles (el epíteto sólo da ya idea del modo como tratará el libro), aunque poco más adelante no pueda menos de observar que es cierto que el canónigo, o sea Cervantes, cuando prescribe la ingeniosa invención la condiciona de tal suerte que tire lo más que fuere posible a la verdad, y con esto pareciera querer dar el empujón decisivo para que eche a andar sobre el derrotero de la poética aristotélica la novela de caballería, por más recargada de materia y más floja de composición que fuere.

Pero volviendo a los principios estéticos que, según De Lollis, Cervantes tomó de los preceptistas italianos (recuérdese que su viaje por Italia coincide con la publicación de las Poéticas de Castelvetro y de Piccolomini), aunque también pudo haberlos tomado de los españoles (el Pinciano entre otros), oigamos otra vez al crítico romano: "Cervantes accettó—sia qualunque la ragione— queste limitazioni e questi impedimenti, dai quali seppe trar giovamento, perché il genio da tutto sa trarne, nel suo capolavoro. Se ne rise invece Lope de Vega che con pazzesca liberalità invitó il popolo spagnolo ad una prodigiosa imbandigione di poesia che non solo, anzi non tanto, riflettesse il suo spirito, ma questo incarnasse nei gesti eroici delle sue passate generazioni.

"E Cervantes ebbe il torto—sia qualunque la ragione, ho detto, ma forse precipua, se non unica, fu la rivalità con Lope de Vega— Cervantes ebbe il torto di non sentire a pieno la singolare e privilegiata condizione del suo paese davanti al problema di una letteratura, la quale, anziché di classe, fosse di tutti e per tutti. Ebbe il torto di non tener ben presente che la guerra non di superba conquista e di grandi masse guidate dall'ambizione di pochi, ma di razza e di religione, e da tutti combattuta, giorno per giorno, alla spicciolata, su pochi palmi et per pochi palmi di terreno da aggiungere a quelli conquistati ieri, aveva impron-

tato di una unitá como di famiglia tutta la nazione spagnola. Ben l'aveva sentito Alfonso il Sapiente quando aveva ribattuta l'opinione di coloro i quali pensano... che pueblo é chiamata la gente minuta', mentre é invence il complesso (ayuntamiento) di tutti gli uomini in comune, dei maggiori, dei minori e dei medii'. E Lope de Vega, al quale la torrenziale foga del suo genio non dava tempo e modo di impacciarsi di teorie piú o meno esotiche, per quanto pur ne fosse informato, con quella sicurezza e prontezza che dá la coscienza di avere in noi l'anima di tutto il nostro popolo, si assise monarca assoluto del teatro spagnolo sopra un trono di gloria ai cui piedi si accosció umiliato il povero Cervantes come Lazzaro sulla soglia del ricco a banchetto".

De Lollis ha visto bien la significación de una de las características de la literatura española, especialmente en lo que se refiere al teatro clásico, cuyas representaciones no llevaban la idea, a diferencia del francés, de satisfacer a un grupo restringido de entendidos, sino a todo el mundo. Lo de la rivalidad con Lope merecería una apostilla, pero lo dejaremos para otra oportunidad.

El Persiles, después de que Cervantes, como muy bien dice De Lollis, había sublimado con tan precisa conciencia de teórico a la vida del arte el tercer estado en la persona de Sancho Panza, es sin duda una regresión, para decirlo con sus propias palabras, "a los sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos", una vuelta a las andadas, una recaída, en fin, en su pasión favorita por lo irreal, y por qué no decirlo, por lo artificioso también. Lástima grande que Cervantes no nos hubiera dado en vez de esta novela de aventuras calcadas sobre el modelo de Heliodoro, una de costumbres, la historia de Ginés de Pasamonte, por ejemplo, que habría sido de seguro una maravilla del género picaresco, superior al duro e inhumano Lázaro y al Buscón quevedesco, cuyo humorismo verbalista y demasiado vehemente se queda tan atrás de la serenidad irónica del insigne Manco.

Inexcrutables y misteriosos, como los de Dios, son los caminos del genio, incapaz de darse cuenta cabal del valor de sus propias obras. ¿No es sorprendente acaso que Cer-

J. PIEDRA C.

SASTRERIA AMERICANA

Para caballeros distinguidos

75 varas al Oeste del Parque Morazán (Avenida de las Damas)

vantes creyera haberse superado en el Persiles, una novela en su sentir mejor concertada y escrita que el Quijote, pero que hoy nadie lee, sino por obligación escolar o interés erudito? ¿No es sorprendente así mismo que Cervantes y Colón, los dos hombres que más gloria han dado a España, se mueran sin saber, el uno la sublimidad de su invención, y el otro la grandeza de su descubrimiento?

Las Novelas Ejemplares tampoco escapan ilesas de la burla de De Lollis. El título de ejemplares, desde luego, le da motivo de ironizar sobre la moralidad, esa pretendida moralidad de Contra-Reforma en conflicto con el instinto. ¿Qué ejemplo edificante, se pregunta, puede haber en la historia de los dos granujas que se enrolan en la camorra sevillana presidida de Monipodio, ni qué moraleja puede sacarse de la que describe las calaveradas de Carriazo y Avendaño? En cuanto al Celoso Extremefío, oigamos lo que dice en su deliciosísimo italiano: "E per chi sarà la morale del Geloso d'Estremadura, una novella dove realtà e ideale sono in magnifico conflitto como nel Don Chisciotte, e dove occorre il caso d'un vecchio settantenne a cui la sposa non ancora ventenne fa... quel che si merita? Non nei vecchi settantenni, che abbian di così pazze voglie, ché sarebbe peggio che lavar la testa all'asino".

De las doce novelas las que mejor libradas salen de su crítica son *El Coloquio de los Perros* y *el Licenciado Vidriera*, este último "una figura moderna, nerviosa, enfermiza, hamlélica". En cambio se ensaña contra la Española Inglesa con sus protestas de intransigente catolicismo, y las *Dos Doncellas* con su final, que "sólo puede perdonarse a Cervantes capaz de toda ingenuidad en el arte como en la vida". De esto tenemos nosotros algo que observar. En nuestro concepto nada resulta más opuesto al temperamento sereno de Cervantes que el fanatismo de que se le acusa. *La Española Inglesa*, donde se lee una descripción de Inglaterra que, como se sabe, era entonces país enemigo de España por razones políticas y religiosas, y donde no hay asomo de odio ni de fuertes prejuicios, es buena prueba de lo que decimos. Pero, claro, De Lollis está determinado a sacar a todo trance verdadera su tesis de Cervantes campeón de la Contra-Reforma.

Cierto es que Cervantes era un buen católico, dispuesto a acatar sin reparo las doctrinas de la Iglesia, y así, cuando, llevado de su pasión de novelista, aborda una situación escabrosa, no sabe como salir del apuro. Cierto también que no sería difícil hasta encontrar trazas de la influencia jesuítica en su gusto por los distingos sutiles y en opiniones como aquella de que "menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador", pero de esto a llamarle reaccionario, si por este término se entiende un fanático patrocinador de las cosas del pasado, de la intolerancia y de la gazmoñería, hay un buen trecho. Aun en aquellas ocasiones en que él salva con moralidades de última hora los pasos difíciles, se le puede ver sonriendo para sus adentros con un sí es no es de ironía. Guárdese el satírico De Lollis de este ingenuo!

Cervantes era un hombre de su tiempo, que aceptaba la vida tal como era, y no se andaba quebrando lanzas al estilo del héroe de su inmortal historia contra lo inevitable, pero en muchas cosas tenía más bien el concepto y la sensibilidad de un hombre moderno. Cf. II parte LIV. Contemporáneo y todo de los horrores del Santo Oficio, podría dar ejemplo de benignidad a más de un juez de Massachusetts, en pleno siglo xx. Recuérdese si no el consejo que pone en boca de Don Quijote la noche antes de partir Sancho para la Insula y que reza: "Cuando la justicia esté en duda es mejor acogerse a la misericordia".

Sus ideas sobre el idioma "sobre quien tiene poder el vulgo y el uso" nos dan muestra de la liberalidad de su criterio y son prueba de cuán errado anda De Lollis en su propósito de pintarnos a Cervantes como un dómine autoritario de las doctrinas neoclásicas

No paran aquí las injusticias del crítico italiano que dice sin embargo haber publicado su libro sobre todo para pagar una deuda de gratitud a Don Miguel de Cervantes Saavedra. Con decir que también pretende hacernos creer que Cervantes" era un ingenio lego, esto es, un pobre ignorante, "politioris humanitatis ex-

pers", que acertó de casualidad en Don Quijote. Tal actitud, si bien justificable como una reacción al endiosamiento, al fetichismo de que ha sido objeto el ilustre complutense por parte de ingenuos admiradores que, determinados a ver en él la suma de la sabiduría humana, fatigaban las prensas con monografías sobre Cervantes teólogo. Cervantes filósofo, jurisconsulto, geógrafo, marino, médico, administrador, militar, economista, etc., sin que faltara quien quisiera encontrar en su obra maestra un sentido esotérico, de ninguna suerte puede acentarse como una apreciación justa de la cultura del hombre que dotó a la lengua española de su mejor presea. A Cervantes puede llamársele ingenio lego, si esto quiere decir que no era una autoridad reconocida en ninguna ciencia, pero no como parece suponerlo De Lollis porque apenas supiera su idioma y no tuviera más que ligeros barruntos de latín, pues que es evidente para cualquier lector atento o desatento que él conocía bien la literatura italiana del Renacimiento y había leído con provecho a los clásicos latinos, aunque incurriese a veces en descuidos al citarlos. Es absurdo pensar que siendo un ignorante de las humanidades hubiera podido escribir el libro que escribió, iluminado no por el resplandor de las hogueras inquisitoriales, como quiere hacernos creer De Lollis, sino por las gracias y bellezas del Ariosto y del Boryardo.

Don Juan Valera, con sus burlas contra los supersticiosos cervantinos, especialmente contra aquel inefable Don Nicolás Díaz de Benjumea, tiene un poco la culpa de todo esto, pues que al insistir en el aspecto popular de la mentalidad de Cervantes, esto es, en el hombre de mundo educado en la escuela de la experiencia más que en las aulas universitarias, pudo dar la impresión sin proponérselo de profesar un concepto algo desdeñoso de los conocimientos del autor de Don Quijote. Si don Juan volviera a la vida sería, sin embargo, el primero en protestar de estas exageraciones de las cuales daremos un ejemplo para concluir. Nadie que yo sepa, ni

aun los más ardientes acólitos del culto de Cervantes, ha pretendido hacerle pasar como un gran latinista, pero el que no lo fuera no justifica los donaires irónicos, un poco pedantescos, de De Lollis cuando halla una pequeña inexactitud en las citas latinas, cosa de que ni el mismo Montaigne estuvo libre. En todo caso, dados a buscar gazapos, no sería tal vez difícil probar que, si Cervantes no era maestro en la lengua latina, la conocía mejor que De Lollis la española, y quien lo dude no tiene más que leer la traducción que este último hace de lo que Sansón Carrasco dice a Sancho, donde se ve muy a las claras que De Lollis no conoce el modismo "más pintado" y lo toma como significando "tutto il resto chee é ritratto", el cual gazapo no deja de tener gracia en un crítico de su talla y tan amigo de satirizar las flaquezas y faltas ajenas.

Resumiendo: lo que resulta claro de la lectura del libro de De Lollis es lo que ya sabíamos de antes y con antes, esto es, que Cervantes no era ni por ideología ni por temperamento un subvertidor del orden social. Esto, sin embargo, no justifica en nuestro concepto el adjetivo de reaccionario.

Rabelais, con todo y ser mil veces más sanguíneo y de temple más agresivo que Cervantes y de haber vivido en un período de fuerte reacción contra los ideales del Medioevo, tampoco rompió abiertamente con el orden de cosas establecido. Fuera por prudente recelo de no incurrir en las sanciones de la Sorbona o por otro motivo, el caso es que aquel regocijado burlón se contuvo dentro de la ortodoxia y se contentó con hacer chacota de la Escolástica y de los monjes ignorantes de su tiempo, sin tomar partido por los Reformados.

¿Por qué habríamos de exigir más a Cervantes, al caballero apacible y resignado de la España ya decadente de Felipe II en que el cansancio y el desencanto habían venido a tomar el lugar del entusiasmo por las grandes empresas fracasadas?

No sería justo, no, pedirle más de lo que nos dió: un bello ejemplo de tolerancia en días de fanatismo y una lección de suave ironía en un país cuyos ingenios asumen generalmente una actitud militante que no sabe sonreír.

Mario Sancho

Revisada en 1933. Inédita.

SI Ud. RESIDE EN EUROPA,

por medio de *B. F. Stevens & Brown, Ltd.*, Library, Literary & Fine Art Agents, New Ruskin House, 28-30, Little Russell St., LONDON, W. C. 1., puede suscribirse al REPERTORIO AMERICANO; a un semestre, un año, como quiera. También puede hacerlo por medio de la *Librería León Sánchez Cuesta*: en PARIS, 10 Rue Gay-Lussac, 10, Paris 5e; o en MADRID, Avenida de Menéndez Pelayo, 4.